

brazos abiertos, y el crucifijo en la mano, rebosándole de amor el corazón, inspirado en los sentimientos del divino Corazón de Jesús. Dulzura, paciencia, prudencia y longanimidad: de todas estas virtudes se arma para lograr el anhelado fruto de su celo, la conversión de aquellas almas que se han puesto bajo su dirección. Y lo consigue, porque, á fuer de buen samaritano, sabe derramar óleo y vino sobre las heridas mortales que el pecado ha hecho en aquellas almas desgraciadas.

7. Admirad, hermanos carísimos, el arte maravilloso con que ayuda á los pecadores á desenmarañar la conciencia, haciéndoles recordar sus faltas por medio de discretas preguntas con que suple diestramente el defecto de examen, para muchos difícil en extremo. Era tal el método y la práctica que en este ministerio tenía el santo Misionero, que en menos tiempo del que los penitentes se figuraban quedaba terminada su confesión general, aunque fuese de muchos años y llena de dificultades. Pero sobre todo, ¡qué gracia le había comunicado el Señor para excitar en los más duros y fríos corazones el sentimiento de la compunción! ¡Tan penetrado estaba él mismo de este piadoso sentimiento, que no le era posible en muchas ocasiones reprimir las lágrimas! ¡Qué sentiría, pues, el penitente viendo á su confesor tan compungido! *Si vis me flere, decia un antiguo preceptista, dolendum est tibi primum.* En efecto, es imposible no ablandarse el corazón á la vista de las lágrimas, y más cuando esas lágrimas se vierten por el amor y la compasión de nuestros propios males. ¡Él llora por mí! y ¿yo no he de llorar? Con la vista clavada en aquel crucifijo que no soltaba de la mano mientras confesaba, lloraba amargamente nuestro Bienaventurado por los cruelísimos tormentos que el pecado había costado al Redentor, y al mismo tiempo la compasión que le inspiraba el deplorable estado de los pecadores ponía en sus labios palabras tan conmovedoras, frases tan

ardientes que los hacían derretirse en llanto. ¡Qué espectáculo tan grato al Redentor, el ver correr á una las lágrimas del hijo pródigo con las del padre misericordioso! ¡Afortunados penitentes á quienes concedió el cielo tan santo confesor! Ya no me admira que todos se disputasen la dicha de postrarse á sus pies. Y ¿cómo no había de quedar asegurada después de esto la perseverancia de aquellas almas en el bien? Y no eran sólo los grandes pecadores los que acudían al confesonario del bienaventurado Juan: era toda clase de personas la que le buscaba, ya para pedir consejos en sus dudas, ya para poner en manos del siervo de Dios sus diferencias, ya, en fin, para consultarle en sus negocios, no sólo espirituales sino aun temporales. ¡Tanta era la fe que en él tenían! ¡Oh! ¡cuántas reconciliaciones de encarnizados enemigos no efectuó, merced al don singular que para este objeto le concediera el Señor!

El templo, sin embargo, no era el único teatro donde se ejercía la caridad inagotable de este varón apostólico: éranlo también las casas religiosas, las cárceles, los hospitales, los sitios todos donde podía hacer el bien. Á todas partes llevaba consuelos y socorros; y en todas se mostraba idéntico á sí mismo, siempre afable, accesible á cuantos le necesitaban, pronto á prestarles gustoso sus servicios. Lo único que le apenaba, que le desgarraba, diré mejor, el corazón, era no poder satisfacer por sí ni por sus colaboradores á las infinitas necesidades de los fieles, mayormente de los pobres que veía alejarse sin consuelo.

## II.

8. Á cualquiera se le alcanza, hermanos carísimos, que tan portentosos trabajos apostólicos suponían necesariamente extraordinarias dotes apostólicas en el bienaventurado Juan Eudes, y tales eran sin duda alguna las que Dios, como autor de la naturaleza y de la gracia le

había otorgado á manos llenas para promover su mayor gloria. Estas dotes debemos conocer á fondo para glorificar á Dios en su gran siervo. Ni sería posible formar idea adecuada del carácter de nuestro héroe á menos de reconocer y admirar en él un cúmulo de talentos extraordinarios para el ministerio de la predicación. Conociéronlo sus superiores, quienes, apenas ordenado de sacerdote, le destinaron casi exclusivamente al ministerio de las misiones. Su facilidad para hablar en la cátedra sagrada, aun sin preparación inmediata, era pasmosa; pero no lo era menos su fecundidad de ideas y la claridad y precisión con que las exponía. Su expresión era fuerte y llena de vehemencia, semejante á la de los profetas, la más adaptada para fulminar contra los vicios y aterrorizar á los más impertérritos pecadores, con lo que lograba á cada paso aquellos gloriosos triunfos de la elocuencia sagrada que consisten, no en recoger aplausos de la multitud sino en doblegar los espíritus rebeldes á la gracia. Oyéndole otros afamados predicadores, que los tuvo de primer orden aquel siglo, como el gran Bossuet, veíanse obligados á exclamar: «Así, así es como nosotros debiéramos predicar.»<sup>1</sup> Á este fuego en el decir, á esta energía apostólica ayudaba en gran manera aquella voz vibrante, sonora, persuasiva con que dominaba los inmensos auditorios, que, como hemos visto, no cabían en los más espaciosos templos. Todo esto es admirable ciertamente; mas ¿de qué le habrían servido al varón santo tan ricas facultades, si él no hubiese sabido corresponder al Dador de ellas con la generosidad del siervo bueno y fiel?

9. Y ¿en qué os parece, hermanos míos, que se mostró acendrada la fidelidad del bienaventurado Juan? Desde luego, como salta á la vista, en no haberse atribuído á sí mismo aquellos dones, como se los arrogaba el impío

<sup>1</sup> *Martine*, op. cit.

orgullosa que decía: *Labia nostra a nobis sunt; quis noster Dominus est?* — «Somos dueños de nuestros labios: ¿quién es nuestro Señor?»<sup>1</sup> No es pequeña virtud, aunque tal parezca, el solo no apropiarse los dones de Dios. Esta virtud es la santa humildad que canta á todas horas el himno de la gloria de Dios: *Soli Deo honor et gloria*<sup>2</sup>, y no sabe engalanarse con atavíos ajenos, como si de sí misma los hubiera ó con su propia industria los hubiese allegado. Para conservar el sentimiento íntimo de su propia nada, aunque se vea el hombre enriquecido con muchos y grandes dones del cielo, es preciso contrariar vigorosamente la tendencia natural que nos arrastra á obrar como dueños absolutos de lo que no somos más que usufructuarios ó dispensadores: es preciso, pues, sobreponernos á nosotros mismos. Y ¿quién más humilde que Juan Eudes? ¿quién tuvo más bajo concepto de sí, creyendo que nada era, ni nada valía, ni tenía de suyo más que el pecado? Éstos eran sus sinceros sentimientos. De allí aquel horror que le inspiraban los aplausos del mundo; de allí aquel su apego de corazón á las humillaciones. Esta sólida virtud fué precisamente la que le granjeó tanta estima y veneración de parte de los buenos que admiraban en él al varón santo, al hombre de Dios, digno de ocupar los más elevados puestos de la jerarquía.

Mas no contento con atribuir á Dios los talentos recibidos, aplicóse el siervo fiel á negociar con el caudal de su Señor para tener la dicha de volvérselo centuplicado. Operario incansable, consagró la vida entera á las rudas tareas del apostolado, sin desaliento ni descanso, pudiendo afirmar como el Apóstol, que había trabajado más copiosamente que todos, aunque no él, sino la gracia de Dios, que le asistía<sup>3</sup>. Y á la verdad podía asegurarlo sin temor

<sup>1</sup> Ps. 11, 15.

<sup>2</sup> Rom. 16, 17.

<sup>3</sup> 2 Cor. 12, 12.

de ser desmentido. Su actividad, como sabéis, fué prodigiosa y no es menester insistir más en la enumeración de los grandes trabajos apostólicos y empresas colosales llevadas por él á cabo para gloria de Dios, honor de la Iglesia y beneficio de la sociedad.

10. En lo que sí me place fijar más detenidamente la mirada de la consideración, amados oyentes, es en aquellas grandes virtudes que tanta eficacia comunicaron á la palabra del Predicador evangélico, y fueron, por decirlo así, las señales inequívocas de su apostolado. Á semejanza del Apóstol de las gentes, podía afirmar: «Yo os he dado claras señales ó pruebas evidentes de mi apostolado con manifestar una paciencia heroica, con prodigios y milagros y obras extraordinarias del poder divino.»<sup>1</sup> Prodigios fueron ciertamente en el orden moral aquellas conversiones de pecadores, verdaderos milagros de la gracia; mas no lo fueron menos aquel celo ardentísimo de la salvación de las almas que devoraba el corazón del Bienaventurado, aquel desinterés sublime y, por abreviar, aquella paciencia á toda prueba que le sirvió de escudo contra los tiros de sus perseguidores.

¿No os arrebatara, hermanos míos, aquel celo, virtud sacerdotal y eminentemente apostólica, sin cuyo fuego la palabra del orador, por muy brillante que sea, es fría y estéril, la acción carece de vigor y acierto, y el éxito resulta completamente nulo? Los sentimientos del sacerdote Juan Eudes eran los mismos que manifestaba San Pablo á sus hijos de Corinto cuando les escribía: «Yo me sacrificaré gustosísimo y me consumiré todo por el bien de vuestras almas, aunque no correspondáis á la grandeza del amor que os tengo.»<sup>2</sup> ¿Por ventura no se sacrificaba de todo corazón el Apóstol de Normandía por puro amor de las almas, sin más halago que el de la salvación de sus

<sup>1</sup> 2 Cor. 12, 12.

<sup>2</sup> Ibid. 12, 15.

hermanos? Como amaba tanto á Dios, amaba también á los hombres creados para gloria de Dios y trabajaba siempre *corde magno et animo volenti*—«con un corazón grande y generoso», según sus propias expresiones. Y por dar gloria á Jesús y salvar almas que tanto costaron al Salvador, sentíase dispuesto no sólo á darlo todo sino aun á sacrificar la propia vida. Empapado como estaba en el espíritu del Corazón de Jesús, amaba entrañablemente á los pecadores, cuya perdición lloraba y por cuya felicidad eterna se desvivía. Como Jesús, podía decir en sus misiones: «No he venido á llamar á los justos sino á los pecadores»<sup>1</sup>; y á éstos era á quienes acogía con mayor agrado. Los pobres y menospreciados del mundo formaban el objeto de su predilección: *Pauperes evangelizantur*<sup>2</sup>.

Mas ¿de dónde sacaba ese ardor sagrado que inflamaba su mismo semblante, sino de la fragua de la oración, á cuyo ejercicio se entregaba antes de dar principio á sus expediciones apostólicas, digo mal, á cuya práctica vivía constantemente entregado, orando sin interrupción, como aconseja el Apóstol?<sup>3</sup> ¿Su presencia de Dios no era continua? Bien podía decir como el Profeta: *In meditatione mea exardescet ignis*<sup>4</sup>, porque éste era el horno en que se encendía más y más la llama de su apostólico celo.

11. Éste era puro como el oro acendrado en el crisol de la divina caridad. Y así tenía que ser, porque si no amaba más que á Dios y por amor á Jesús á los hombres redimidos con la sangre de Jesús, ¿cómo había de buscar mezquinos intereses en sus penosas faenas? ¿Quién pudo decir con más verdad lo que San Pablo á los de Corinto: «No busco vuestros bienes, sino á vosotros»?<sup>5</sup> y á los de Mileto: «Bien sabéis que no he codiciado la plata ni el

<sup>1</sup> Matth. 9, 13.

<sup>2</sup> Ibid. 11, 5.

<sup>3</sup> 1 Thess. 5, 17.

<sup>4</sup> Ps. 38, 4.

<sup>5</sup> 2 Cor. 12, 14.

oro ni el rico vestido de ninguno.»<sup>1</sup> Y nada más á propósito que este desinterés para conciliarse el aprecio, la veneración y la confianza tan necesarios para el éxito de los trabajos apostólicos, como sea bien conocido de toda clase de personas. Nada por el contrario tan perjudicial para el misionero, predicador ó confesor, como la idea infundida, con fundamento ó sin él, en la mente de los fieles, de que el ministro de Dios no busca puramente el fruto espiritual, sino también, y quizás de preferencia, el propio lucro temporal. Lo mismo en los pueblos cristianos que entre los infieles, la menor sospecha de avaricia en los obreros evangélicos es bastante para impedir todo el fruto que debiera esperarse de la predicación. Por desgracia en aquella época, no mejor que la nuestra, había cundido entre los pueblos la idea ó persuasión de que el sacerdote en las funciones de su alto ministerio buscaba más sus intereses pecuniarios que el interés espiritual de las almas por quienes trabajaba. Mas ¿quién pudiera imaginarse algo semejante tratándose del santo Misionero de Normandía, cuyo desprendimiento perfectísimo era tan evidente á todo el mundo como la luz meridiana? En vano la vil calumnia intentó herirle así á él como á sus compañeros: su profundo desprecio no sólo de las riquezas sino aun de las comodidades ordinarias de la vida confundió á sus procaces enemigos. Su vida era un espejo clarísimo de austeridad y penitencia. Y este espíritu logró infundir en sus consocios, llegando su circunspección hasta negarse á aceptar las dádivas ó limosnas espontáneamente ofrecidas por los fieles, fuera de lo puramente necesario para el sostenimiento de las misiones. Su norma era el consejo del divino Salvador á sus discípulos: «Dad gratis lo que gratuitamente recibisteis.»<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Act. 20, 20.<sup>2</sup> Matth. 10, 8.

12. La paciencia á toda prueba fué siempre carácter distintivo de los verdaderos apóstoles de Cristo. *In multa patientia*, decía el Apóstol<sup>1</sup>. Porque siendo esta virtud la que da la última perfección á las obras: *Patientia opus perfectum habet*<sup>2</sup>, ¿cómo podría llevarse á cabo la magna obra de la salvación de las almas sino á fuerza de paciencia? Á Timoteo exhorta San Pablo que arguya, ruegue, reprenda, pero con toda paciencia y doctrina<sup>3</sup>. Y ¿qué campo como el apostolado para brotar espinas de contrariedades y persecuciones? Recordad, hermanos carísimos, las que padeció el Apóstol de las gentes, de las que hizo participante á su amado discípulo Timoteo, lo mismo que de su doctrina, institución y fe<sup>4</sup>. ¡Oh! y ¡cuántas no padeció también este otro imitador y émulo de los varones apostólicos, el bienaventurado Juan Eudes! Persiguiéronle encarnizadamente, como era de ley, los enemigos declarados de la fe ortodoxa, calvinistas y sectarios de Jansenio; persiguiéronle también los enemigos de la virtud, libertinos seculares y aun sacerdotes relajados; persiguiéronle ¿quién tal creyera? los mismos buenos, obcecados por la calumniosa información de los malos. Porque ¡cuántas y cuán negras calumnias no tuvo que afrontar! ¡qué de obstáculos no se le suscitaron á cada paso! ¡qué de dificultades no se opusieron á sus obras! Respecto á las misiones ¡qué de prevenciones y cábalas! Ocasión hubo, escribe un biógrafo, en que todo el pueblo donde iba á darse la misión estaba tan mal prevenido contra los misioneros, que no encontraban quien los alojase. Tanto los habían desacreditado que, al llegar, fueron recibidos con burlas y escarnios por toda la población. El mismo bienaventurado Padre escribe que se le trataba de anticristo, seductor y hechicero. ¡Cuántos esfuerzos no haría el

<sup>1</sup> 2 Cor. 12, 12.<sup>2</sup> Iac. 1, 4.<sup>3</sup> 2 Tim. 4, 2.<sup>4</sup> Ibid. 3, 11.

demonio para no perder la posesión de tantas almas! Y entre tanto ¿qué hacía el verdadero Apóstol? Conservar la invariable serenidad de su espíritu, perdonar á sus pobres enemigos, no responder á sus injurias sino trabajando con mayor empeño, si cabía, y dejar á Dios su defensa con absoluta confianza. Aun más: bendecía á Dios y, como el Apóstol, se gloriaba en la tribulación. «La gracia de las gracias», decía, «es la multitud de cruces que mi adorable Crucificado me da. Deseo que por ello sea alabado y glorificado eternamente.»

13. Demos también nosotros, carísimos oyentes, gracias infinitas al Dios de las misericordias por haber dado al mundo en el bienaventurado Juan Eudes tan insigne apóstol, digno émulo de los mayores que han ilustrado á la Iglesia. Sí, á nosotros también nos corresponde dar gracias, porque los frutos de su largo y glorioso apostolado no se limitaron al siglo XVII ni á la Francia solamente. Hoy todavía, después de dos siglos de haberse apagado aquella antorcha de la cristiana civilización, goza de ellos el mundo entero y nosotros mismos los estamos saboreando. No sólo porque la luz de sus ejemplos y enseñanzas y el celestial perfume de sus virtudes ha llegado hasta nosotros, traspasando los mares, y durará tanto cuanto dure la Iglesia de Jesucristo, sino porque en sus preclaros hijos y herederos de su espíritu nos ha dejado los continuadores de sus obras, los sacerdotes que él deseaba para todos los pueblos, doctos y virtuosos, obreros infatigables, hábiles directores de la educación del clero, objeto del amor y de la estimación de los buenos católicos, como también blanco de los tiros inicuos de los encarnizados perseguidores de la fe de Cristo y de su Iglesia.

Felicitémonos al mismo tiempo, venturosos habitantes de la Heroica, por tener entre nosotros, gracias á los esfuerzos de nuestros dignísimos Prelados, á tan dignos obreros de la viña del Señor, y pidamos hoy con doble

fervor al Beato Juan Eudes que bendiga á sus buenos hijos y haga prosperar cada día más y más sus establecimientos para gran dicha de la Iglesia colombiana y en especial de la diócesis de Cartagena.

Para vosotros, Reverendos Padres y Carísimos Hermanos de la familia Eudista, reservo esta última palabra, que es palabra de soberano aliento, máxime en las presentes calamitosas circunstancias que os rodean en Europa: *Beati estis cum maledixerint vobis homines et persecuti vos fuerint. . . . Gaudete et exsultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis*<sup>1</sup>.

### De Santa Eduvigis viuda.

(Predicado en Cartago de Costa Rica, 1879.)

*Date ei de fructu manuum suarum, et laudent eam in portis opera eius.*

Prov. 31, 31.

1. Laudable pensamiento es sin duda, amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo, el que preside á la solemne festividad de este día en que la Iglesia celebra á la bienaventurada Santa Eduvigis. Brillan en el cielo de la Iglesia tantas estrellas luminosas de santidad, tantas constelaciones brillantísimas de mártires, confesores y vírgenes, de doctores, ermitaños y viudas, que su misma muchedumbre no permite á nuestra vista, abismada con el espectáculo de tantas maravillas, detenerse á contemplar uno por uno esos astros á cual más sorprendentes, aunque de varias magnitudes. Por eso, cuando alguna circunstancia favorable ó cualquier motivo especial nos obliga á fijar los ojos de la consideración en alguno de esos celestes lumináres de la santidad cristiana, parécenos tan grande su esplendor y hermosura, que nos sentimos inclinados á creerlo superior

<sup>1</sup> Matth. 2, 12.